

EL HOMBRE QUE TUVO UN CORAZÓN DE HIERRO

Érase una vez un niño, cuyo nombre era Carlos. Nació en el año 1919 en Azuaga, un pueblo de la provincia de Badajoz. Su padre se llamaba Hilario y su madre María de la Presentación. Su padre era abogado de profesión, pero tenían muchas fincas en las provincias de Córdoba y Badajoz y tuvo que dedicarse a llevarlas, porque el campo necesitaba mucha atención. Su madre estaba en casa, pendiente de sus hijos.

Era una familia muy religiosa y Dios siempre estaba presente en todo lo que hacían. La familia fue creciendo y pronto nacería el siguiente hermano al que pusieron el nombre de José Antonio. Al año siguiente, Hilario y por último su hermana María de la Presentación. Este fue el primer disgusto que tuvieron en la familia: su madre falleció en el parto de la esperada hija y, desgraciadamente, Carlos y sus hermanos se quedaron sin mamá.

Como su hermana era una niña recién nacida, su padre le pidió ayuda a su hermana Irene para que se hiciera cargo de la pequeña y él poder sacar adelante a los tres varones.

Carlos y sus hermanos fueron creciendo, aunque sin madre, pero en un ambiente feliz y rodeado de toda su familia. A los seis años, a Carlos le llegó la hora de empezar a estudiar y como en el pueblo había sólo una pequeña escuela y su padre quería lo mejor para él, le mandaron a un colegio interno en un pueblo más o menos cercano llamado Fuente de Cantos. Su padre no dejaba de escribirle todas las semanas. Carlos salía del colegio, para ver a su familia, todas las vacaciones.

Un día, Carlos recibió una carta de su padre para decirle que había conocido a una señora que se llamaba Ignacia a la que quería mucho y que si les parecía bien a Carlos y sus hermanos, le gustaría casarse y formar una nueva familia más grande. De esta manera, Carlos y sus hermanos podrían tener una nueva madre. A Carlos, en su interior, no le gustó mucho la noticia. Pero, por otro lado, comprendía que su padre debía hacer lo que

le parecía mejor para todos.

Hilario, el papá de Carlos se casó nuevamente sin grandes celebraciones. Pronto empezarían a tener hijos. Llegaron ha tener otros cuatro.

Carlos seguía en su colegio, pero cuando iba a casa eran un montón y se lo pasaba fenomenal. Ya eran ocho hermanos en la familia. Nunca lograron llamarle "mamá" a la nueva mujer de su padre: siempre fue "tía Ignacia". En el fondo, nunca permitieron que tía Ignacia sustituyera a su madre, quien, lógicamente, no quería de la misma forma a sus hijos de verdad que a Carlos y a sus hermanos, quienes sufrían mucho por ello. A Hilario le daba mucha pena esta situación, pues tenía cuatro hijos de su nueva mujer.

En 1936 empezó la Guerra Civil Española, que separó en dos bandos a los españoles. Cuando Carlos tenía 16 años, se enteraron de que los del bando republicano buscaban a su padre. Entonces la Guardia Civil ocultó en el cuartel a toda la familia, pero los republicanos les encontraron y metieron a Hilario en la cárcel.

Carlos, como hijo mayor de Hilario iba todos los días a la cárcel a llevarle a su padre la comida. Un día, los guardianes que custodiaban a su padre le dijeron: "¡Hoy no le deis de comer!" Los guardianes le acompañaron hacia su celda. De repente el guardián sacó la pistola, disparó a su padre y lo mató.

Carlos al ver como había perdido lo que más quería en la tierra perdió la Fe que le había enseñado su padre. Su corazón se había hecho de hierro. Sólo tenía sentimientos de justicia. Lleno de rabia, decidió ir a la guerra. Primero estuvo en Teruel, en el frente. Desde la injusta muerte de su padre Carlos se había alejado mucho de Dios y sólo pensaba en que la guerra acabara de la forma más justa posible. Cuando por fin terminó la guerra Carlos se fue a la Academia Militar Aérea de Murcia a continuar la carrera militar que había encontrado como su vocación.

Cuando salió de la Academia Carlos fue a Jerez de la Frontera a un destacamento llamado La Parra. Allí conoció a una mujer, Pilar.

Él ya sabía pilotar todos los aviones. Se había convertido en un soltero de

26 años y al padre de Pilar no le gustaba como novio de su hija.

Joaquín, el padre de Pilar, era general de caballería. En vacaciones Joaquín se llevó a su hija a una finca lejos de Jerez y de Carlos con la intención de que se olvidara de él. Carlos, como sabía donde estaba Pilar, iba volando muy bajo con su avión por encima de la finca, de manera que hasta los cristales de la casa temblaban. Hizo esto varias veces hasta que un día le tiró desde el avión una caja de bombones con un anillo dentro. Entonces, Joaquín se dio cuenta que la historia que había entre Carlos y Pilar era muy seria y se reunió con él.

Por fin, Joaquín le dio permiso a Carlos para que se casara con su hija, pero le exigió como condición que dejara de pilotar aviones. Al padre de Pilar le parecía muy arriesgado y peligroso.

En el año 1946 Carlos y Pilar se casaron. Pilar era muy religiosa y ayudó a Carlos a recuperar su fe en Dios. Entonces, decidieron irse a Azuaga, a ocuparse de las fincas que había recibido Carlos de sus padres. Carlos enseñó a Pilar a cazar. Iban juntos de caza y se lo pasaban fenomenal. Carlos recuperó la Fe que había perdido años antes y se acercó mucho más a Dios de lo que estaba antes de que ocurriera la terrible desgracia. Su corazón de hierro empezó a volverse más tierno al ver lo que estaba construyendo. Con el tiempo tuvieron trece hijos: ocho chicos y cinco chicas.

Los hijos estaban en colegios internos en Sevilla, mientras Carlos y Pilar estaban en Azuaga, al cuidado de las fincas: los niños iban a los Jesuitas y las niñas a las Irlandesas.

Cuando nació el décimo hijo decidieron irse a Sevilla. No querían estar tanto tiempo separados de ellos. Querían disfrutar todos juntos de la gran familia que eran. Mientras Pilar se encargaba de educar a sus hijos, Carlos seguía cuidando el campo y los fines de semana iba a Sevilla para estar con todos ellos.

Los hijos crecieron, estudiaron sus carreras, en Sevilla o en otras ciudades y empezaron a trabajar, mientras los pequeños aún seguían en el colegio. Según se iban haciendo mayores, fueron casándose y teniendo hijos. Llegaron a tener cuarenta y dos nietos de sus trece hijos.

Carlos y Pilar eran felices de ver la maravillosa familia que, con su esfuerzo, habían conseguido formar. Después de todo lo que había sufrido cuando era joven, ahora se sentía enormemente orgulloso de ver la gran familia que había formado con la ayuda de su mujer. Su corazón, que las circunstancias lo habían convertido en hierro, volvió a ser lo que su padre le había enseñado y que, naturalmente, había olvidado.

Rodeado de todo su familia, se despidió de todos nosotros, se fue al cielo muy contento de ver todo lo que había sido capaz de crear en esta vida y dejarnos en su recuerdo.

EPÍLOGO:

Esta es la vida de mi abuelo Carlos. Abuelo, nunca te olvidaré.

IGNACIO de GARDEAZÁBAL, 10 años.

Madrid